

Para penetrar en la pintura de Sergio de Castro hace falta disponer de cierto tiempo. Sus cuadros, incluso los de fácil acceso o los de mayor impacto, hay que mirarlos lentamente, sin urgencias ni precipitaciones. De lo contrario, se pierde el regusto de su contemplación, es cual nos deja, una vez alejados de su pintura la necesidad de volverla a tener presente, obstinándose en nosotros mismos el deseo de rechazar el ser almacenada en el recuerdo.

Esta necesidad se debe, sin duda, a la calidad del hecho pictórico en sí mismo, al milagro, siempre renovado de hacer visible lo impalpable y lo intangible, en el que las cosas pierden su sentido común y cotidiano para convertirse en una materia diferente y en otro nivel de la realidad. Pero, a la vez, es también una cuestión de época. Su pintura se sitúa fuera de nuestro tiempo, tanto personal como histórico. Su obra, creada en soledad y silencio, es ahistoricista, por lo que tiene de contradictorio respecto a muchos de los problemas plásticos, preocupaciones de nuestro siglo. Sin embargo, su pintura, pese a ello, pertenece a un tiempo y un lugar, a una época y a una geografía. Castro tiene detrás de sí todo lo que vincula un hombre a un medio y a una escuela. Su maestro fue Torres-García, pintor uruguayo formado en España, y que después de desarrollar una intensa actividad de vanguardia en París, fundó en Montevideo una escuela en la que estudió Castro. Por otra parte su temprana actividad como músico y compositor, constituye un aspecto notable de su personalidad.

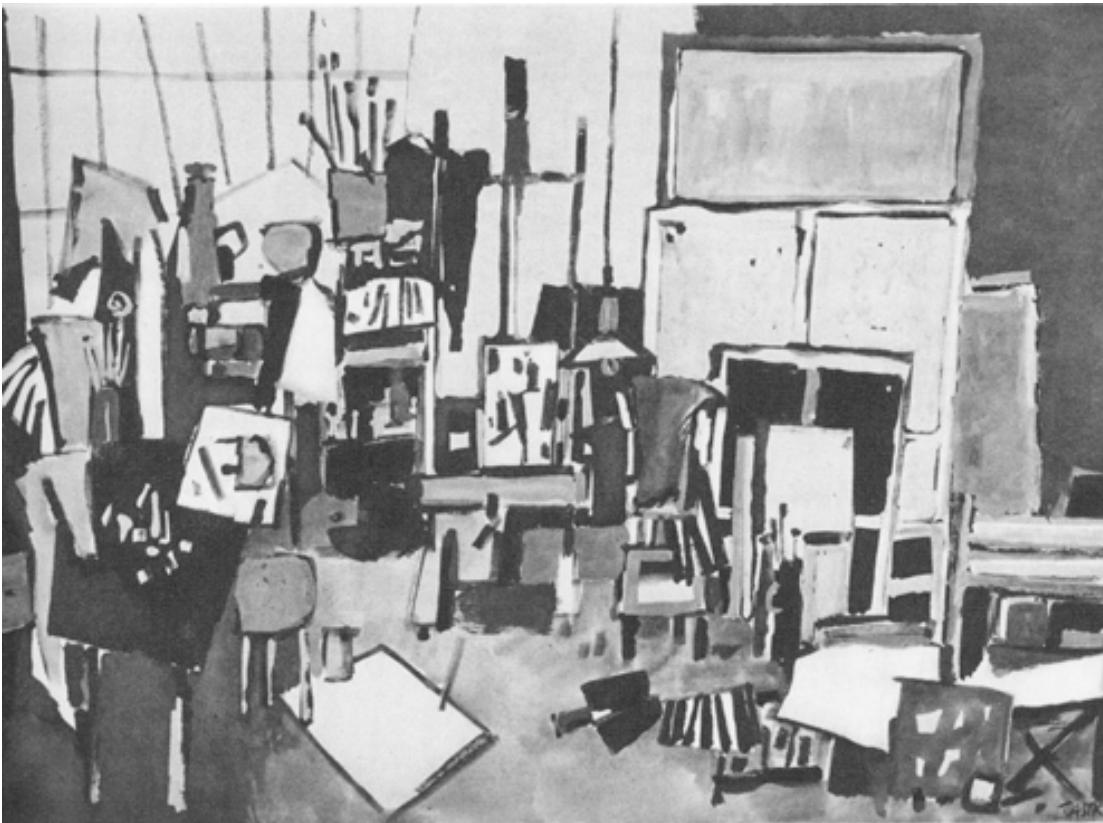
Por último, sin París y su conocimiento de toda la pintura europea de nuestra época - en la que hay que incluir evidentemente artistas con muchos puntos de contacto con su sensibilidad como Bonnard, Klee y Morandi. Vieira da Silva y Stael - no podrían explicarse sus creaciones. Su misma biografía, desde la infancia entre Europa y América, es en ello reveladora. Fijado desde 1949 en París, sus viajes a Grecia, España y Túnez, corresponden a una cultura, a un medio, en el que se resumen siglos de una determinada actitud ante las cosas.

Pero la pintura de Castro es difícil de explicar únicamente por los datos de su biografía, aunque sean en extremo determinantes. En sus obras hay siempre una voluntad de secreto, minoritario e invisible. Pintor retirado de las manifestaciones multitudinarias, es como una especie de navegante solitario atento solamente a su actividad creadora. Ello no excluye su deseo permanente de comunicación. De ahí que este pintor que durante más de quince años no expuso en París, sin embargo, siguiese en contacto directo con el tiempo y el lugar en que se mueve física y espiritualmente. Sus exposiciones individuales en el extranjero, su participación en exposiciones colectivas internacionales, y sobre todo las grandes retrospectivas de su obra organizadas en diversos museos, lo han dado a conocer a un público cosmopolita de amplia resonancia. Pero ello no ha modificado su retiro de rigurosa disciplina, el cual no es incompatible con la amistad de los que han seguido paso a paso, y a fondo, toda su obra incluso en los largos periodos en que «el arte monumental» de las vidrieras solicitaba todas sus energías. Amigo íntimo de poetas, escritores, músicos, lingüistas, científicos, ceramistas, restauradores, financieros ... Castro mantiene con ellos un comercio humano, en el que el diálogo se enriquece de valores culturales, de comunicación permanente con mundos paralelos al suyo.

Si Castro tiene tantos amigos es, sin duda, por lo que cordial tiene su personalidad. Su pintura muestra cómo su relación íntima con los seres es igual a la que tiene con las cosas y la naturaleza, tema inagotable de su creación. De ahí que, desde su soledad buscada, su obra decante un silencio, una especie de religiosidad panteísta, que se traduce en su obra en términos pictóricos.

La pintura de Sergio de Castro es un perpetuo inventar el universo. Partiendo del ser profundo de las cosas y los seres, intenta captar el hondón que se oculta en los repliegues visibles de las

apariencias. Haciendo en cierta manera tabla rasa de todo lo que en el pasado ha sido el hecho pictórico, logra su propio lenguaje. El plano, en Castro, desempeña un papel múltiple y absoluto. Castro no recurre a los elementos plásticos tradicionales que incluso la mayoría de los modernos han mantenido, como son: sombra propia y proyectada, luces dadas, claros - curismo, perspectiva y líneas de fuga, descomposición o recorte de las formas en volúmenes. Castro juega únicamente con planos modulados que, al relacionarse entre sí, crean la luz y el relieve. Frente al ilusionismo tradicional y al análisis cubista que ha asimilado así como el planismo de Torres-García, y sobre todo tras el tiempo más allá del movimiento logrado por de Stael. y el espacio infinitamente posible de Poliakov, su pintura rompe de manera peculiar con las fronteras de lo visible. Si hubiese que buscarle un antecedente habría que pensar en los pintores sieneses del siglo XIV.



L'Atelier - l'été 1956

En la obra de Castro existe una perpetua dualidad, tanto en temas como en procedimientos, lenguaje e intenciones. Entre los universos gráficos y lineales de 1951-55 Y las obras despojadas y sumamente austeras de la misma época. y entre sus obras hasta 1971 en las que dominaban lo construido y lo denso. o en las que por el contrario todo es destrucción de la materia y pasión como las actuales no media el tiempo ni el motivo del cuadro. sino un constante ir y venir entre esos dos mundos antagónicos que habitan su creación. Figuración-abstracción; musicalidad-plasticidad; ámbitos cerrados-espacios abiertos; presencia real (ateliers) - memoria (paisajes) y un pathos incontenible y desbordante. Es un perpetuo ritornelo que se desarrolla en espiral de círculos cada vez más amplios. Castro. cíclicamente y en todo momento, se encuentra en una posición igual y distinta. Su existencia en la dualidad es Sin duda lo que hace que siempre insista pese a sus distintos cambios sobre unos valores que otro pintor en busca de una renovación más efectista ya habría abandonado.

Reveladora de su dualidad es la actividad misma de su creación que pasa de lo intimista a lo monumental. Aunque muchas de sus naturalezas muertas son como paisajes grandiosos. y sus talleres son como ámbitos de inmensas catedrales. su deseo de monumentalidad no se agota en

obras que de por sí no desbordan la aprehensión de un espacio circunscrito a sí mismo. Captales en la obra de Castro son las Vidrieras que, en dos momentos distintos, ha realizado para el convento de Couvrechef y el templo de Hamburgo. Aunque separadas por doce años, responden a una preocupación permanente de su ser como creador. Castro no adapta su pintura al vitral. Así como no reduce el arte mural a la dimensión de la pintura de caballete. Ha tratado, al contrario, de crear un lenguaje plástico monumental separándolo del de su pintura.

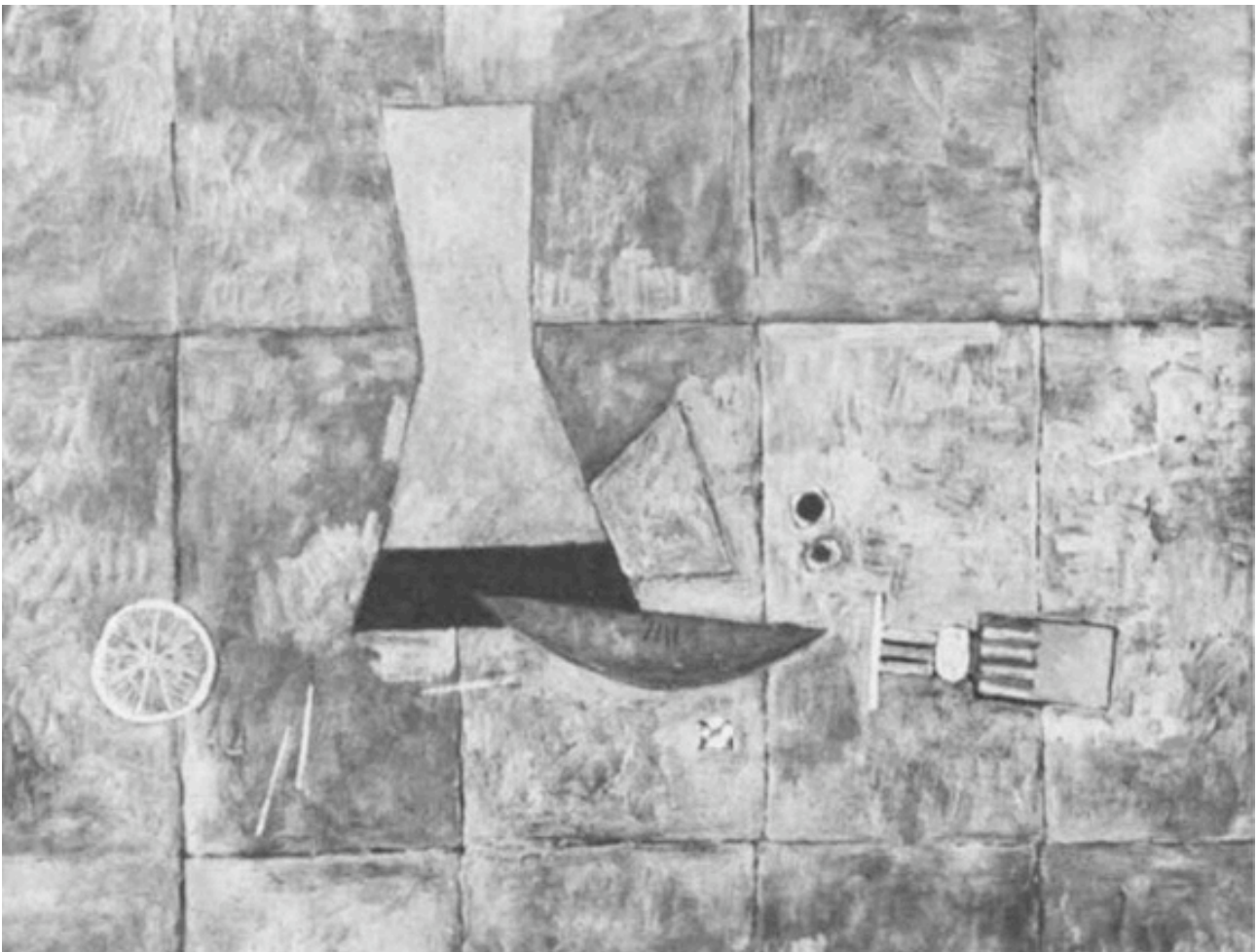


Le Buveur

En ese su lenguaje específicamente de vitral - plano de color y línea en que la función esencial está desempeñada por la translucidez de la materia empleada. Castro se mueve simultáneamente entre mundos distintos : la no-figuración , el abecedario y la imagen. Es la fuerza del estilo la que unifica esos mundos juzgados incompatibles. Tampoco ha recurrido a la iconografía tradicional, ya que ha sabido crear su propia simbología en la que canta el fervor que habita al hombre. La luz y el color, los signos y las letras, se convierten así en vibraciones, formando los fuertes pilares en que se sostiene el universo.

De estas interrupciones, Castro saca su lección que renuevan los ciclos periódicos de su pintura. Al volver de lo monumental sus obras pictóricas parecen abrirse a nuevos horizontes. Al igual que en el transcurso de los años, las estaciones son siempre iguales pero sin embargo diferentes, su obra comienza en las mismas fuentes y los mismos temas pero siempre variando su manera de tratar el color y la factura formal. Dotado de saberes eleáticos, Castro continúa su creación de inagotables variaciones como las de sus últimas obras, que desmienten todo lo afirmado anteriormente.

Analizar todas las etapas de su obra tiene las dificultades que presenta una actividad en la que el hilo evolutivo no parece estar roto por sacudidas o contrastes violentos. El contrapunto de su ritornelo hace que se entrecruzen y Imbriquen los dos mundos polarmente diferentes de su pintura : el concentrado y el construido con el expansivo y el destruido, el de una materia densa con el de la casi invisible e impalpable. En muchas de sus telas Castro ordena un cosmos envuelto en su propia substancia



*Nature Morte bleue 1952*

En otras no hace más que darnos un fragmento de un mundo íntimo. acariciado y amado en silencio De los objetos nos da la horma. Como aislados en SI mismos sus bodegones entran dentro de ámbitos que se amplifican y encuentran su lugar en los espacios más dilatados de sus talleres. En sus paisajes. la luz. la topografía. El esqueleto de la tierra y la geología están presentes con una realidad no entrevista por los simples mortales

Pintor de datos casi invisibles. su obra se abre a la contemplación como un aprehender total y a la vez intimista de las cosas y del mundo Frente a las obras en que nos Introduce en un espacio habitado por una multiplicidad de objetos. en otras. por el contrario. el punto de partida es la casi nada: una pared, un libro. una caja, un bastidor .

Pero desde hace algún tiempo la pintura de Castro parece Ir en contra de todo lo que se creía era lo que la definía. A partir de tres años a esta parte sus formas son nerviosas y encrespadas y sus valores cromáticos de intensidades profundas y dramáticas. ¿ Supone esto un anteponer a todo lo patético. un reaccionar con violencia • lo que solo se suponía una secreción delectable? Nada mas difícil que intentar penetrar en la obra de Castro que. como la de cualquier mortal. discurre de repente por los caminos mas insospechados. movida por misteriosas fuerzas inaprensibles



*Linge et Pommes 1739*





Espagne 1971



Linge et Fruits 1972